

OSWALDO LORENZO OCHOA

El anuncio de Delphi de cerrar su fábrica de Puerto Real, en Cádiz, es el último ejemplo de deslocalización en España. A la luz de esta decisión, el autor analiza el alcance del fenómeno, que considera una tendencia irreversible de la globalización que requiere medidas específicas para su gestión



Deslocalización, ¿mala o buena?

Cuando uno piensa sobre la deslocalización es muy difícil dar una opinión que no genere reacciones apasionadas desde alguno de los afectados. ¿Es buena? ¿Es mala? La respuesta parece que depende de quién es el afectado. Por ejemplo, para los ciudadanos de Puerto Real, en Cádiz, podríamos decir que el sentimiento es de frustración total. El cierre de la planta de Delphi afectará directamente a unos 1.500 empleados e indirectamente a unos 1.300 trabajadores. Desde esta perspectiva, la deslocalización es dañina para España. Pero, por otro lado, Delphi no parece tener muchas alternativas para reducir sus costes operativos y poder sostener su viabilidad.

De lo que no parece haber duda es de que la deslocalización es una tendencia irreversible de la globalización, y tiene un gran impacto para la sociedad, el empleo, las empresas y los Gobiernos. Podemos definirla como el proceso de relocalizar algunos -o todos- los procesos de negocio de una empresa de un país a otro, principalmente para reducir costes. Es importante destacar, sin embargo, que otras variables como destrezas del recurso humano y garantía de calidad se analizan también antes de relocalizar.

Delphi es una de las empresas más importantes de la automoción a nivel mundial. En 2005, cuando contaba

con casi 200.000 empleados y 159 centros de producción, se declaró en bancarrota, a pesar de su buen desempeño en términos de excelencia operativa. Delphi ha sido una de las empresas americanas que mejor ha adoptado las prácticas japonesas de reducción de desperdicios y mejora de la eficiencia -lean manufacturing- en el sector de la automoción. Pero no ha sido suficiente para garantizar la viabilidad del negocio. Otros factores, como altos costes laborales o flexibilidad, han precipitado el cierre de empresas en EE UU y Europa Occidental.

El fenómeno de la deslocalización se repite en el sector servicios, aunque con algunas diferencias. Hay empresas de banca, telecomunicaciones y seguros que están deslocalizando sus procesos de procesamiento de nóminas, entrada de datos, procesamiento de aplicaciones de créditos y call centers. Esto ha sido posible gracias a la caída de los costes de las telecomunicaciones y la posibilidad de transformar actividades basadas en documentos físicos -papel- a actividades digitalizadas que se pueden realizar en cualquier lugar del mundo. La India y Filipinas son algunos de los destinos preferidos por empresas anglosajonas.

El potencial de los países en vías de desarrollo para convertirse en las fábricas del mundo es inmenso. No sólo hablamos de mano de obra barata,



ANGEL NAVAS

sino que también podemos contar con ellos para trabajos que requieren destrezas técnicas. Wipro e Infosys en la India son dos grandes multinacionales de tecnología y procesos de negocio que están asumiendo un alto porcentaje del trabajo técnico deslocalizado desde EE UU. Mientras un programador de software en EE UU cuesta 60 dólares/hora, en la India cuesta seis. La producción de ingenieros es impresionante. China produce 450.000 ingenieros por año. Se espera que estos países puedan convertirse en grandes centros de diseño y desarrollo en áreas como electrónica, aeroespacial o consultoría técnica.

Los ciudadanos de los países desarrollados ven el fenómeno de la deslocalización como algo muy negativo y perturbador de la seguridad laboral. Sin embargo, en teoría, la deslocalización crea valor a las economías más desarrolladas -como España- al crear valor a las compañías de esos países y

El reto, para afrontar casos como el cierre de Delphi en Cádiz, es mover a las personas desplazadas de sus puestos de trabajo a otros nuevos de mayor valor añadido

liberar recursos para actividades con mayor valor añadido. El reto es mover a las personas desplazadas de sus puestos de trabajo a nuevos empleos de mayor agregación de valor.

Sin embargo, se observa que ni empresas ni Gobiernos toman medidas para facilitar la gestión de este cambio global. ¿Qué podemos hacer para reducir el sufrimiento y la frustración de las personas que quedan sin empleo? ¿Cómo podemos reducir el impacto de la deslocalización en nuestra sociedad? ¿Cómo pueden las empresas aprovechar los beneficios de la nueva red global de suministros?

Por citar sólo unas ideas, algunas multinacionales están desarrollando programas para ayudar a recolocar a los trabajadores que se quedan sin empleo. Para ello se crean alianzas con empresas especializadas en selección de personal. Otras ayudan a través de bonos especiales para los afectados mientras se reubican. Y en algunos países están surgiendo seguros especializados que permiten protegerse contra este fenómeno.

En cuanto a la supervivencia de las empresas, que deben deslocalizar parte de sus procesos, el reto es diseñar y construir una cadena de suministros que se beneficie de las ventajas de un mundo globalizado y conectado. Hay que definir qué actividades se pueden realizar independientemente de la localización. Hay que escoger el nuevo destino en que se realizarán. Y finalmente hay que establecer los mecanismos de gobierno de esta nueva cadena de suministros. Todo tomando en cuenta la responsabilidad social y ética de la empresa.

Director académico del Executive Master of Management in Global Supply Chains del Instituto de Empresa

JOSÉ M. DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ / J. FELIPE FOJ CANDEL

La Economía es mejorable en el bachillerato



La institucionalización de los estudios de Economía en España ha tenido que hacer frente, a lo largo de la historia, a toda una serie de resistencias y trabas que, como de manera magistral ha dejado constancia el profesor Fuentes Quintana, llevaron a acumular años de retraso en su incorporación a los distintos niveles del sistema educativo, y ello a pesar de contar con la más firme defensa de grandes pensadores ajenos al mundo económico de la talla de Ortega y Gasset, Unamuno o Giner de los Ríos.

Superada hace tiempo esa fase en el ámbito universitario, en el que los estudios de Economía no han dejado de consolidarse y extenderse desde mediados del siglo XX, de forma ciertamente paradójica los estudios de Economía en los niveles previos han estado marcados por una situación, primero, de olvido, y luego, de relativa marginalidad. Por lo que concierne al

bachillerato, hubo una larga travesía del desierto -durante décadas en posición subordinada a la Formación del Espíritu Nacional- hasta que en 1991, con la Logse, fueron por fin incorporados, si bien sólo en uno de los itinerarios de la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales.

El proceso de reforma educativa en curso ofrece una buena oportunidad para reflexionar acerca de la idoneidad o no de dicha situación y, en su caso, arbitrar las medidas adecuadas. Desde hace años, muchas voces se han manifestado a favor de acabar con el confinamiento actual, abogando por generalizar las enseñanzas de Economía al conjunto de las modalidades del bachillerato. Son numerosas las razones que, desde nuestro punto de vista, avalan dicho planteamiento: la trascendencia de los aspectos económicos en la vida real y su necesaria asimilación para el ejercicio de una ciudadanía

responsable, la relevancia creciente de las cuestiones económicas en las distintas facetas del conocimiento, así como sus evidentes repercusiones en todas las ocupaciones y sectores de actividad, en los que el alumno ya se desenvuelve como consumidor.

En este contexto, no parece razonable que sea necesario tener que cursar estudios universitarios de la especialidad para poder tener una visión básica acerca del funcionamiento del sistema económico, de las relaciones comerciales internacionales, del papel de los impuestos, de la configuración de los servicios públicos y de los esquemas de prestaciones sociales, entre otras importantes cuestiones, todas ellas imprescindibles para forjarnos una idea adecuada de nuestros derechos y deberes como ciudadanos. Ya sea como empleados, empresarios, consumidores, ahorradores o prestarios, la familiarización con

los fundamentos económicos allana el terreno para unas relaciones sociales más sólidas, fluidas y transparentes. Y, por supuesto, sin olvidar la función preparatoria que ha de aportar el bachillerato para la formación posterior, universitaria o profesional.

Tras confirmarse que en la nueva oferta educativa de la ESO continuará ausente la Economía, y sobre la base de lo expuesto, no cabe sino aplaudir la reciente iniciativa ministerial, trasladada a los Gobiernos autonómicos, de implantar esta asignatura en la modalidad de Ciencias y Tecnología, ya que, a pesar del carácter opcional para el alumno, implicaría un avance significativo, y un reconocimiento expreso de que, con independencia de la especialidad universitaria que se elija, una iniciación al estudio de las materias económicas es necesaria también para quienes opten por disciplinas fuera del campo de las cien-

cias sociales. Esta misma línea argumental llevaría también, de forma lógica, a propugnar un planteamiento similar para la modalidad de Artes, máxime si tenemos en cuenta el despegue de las actividades económicas relacionadas con la cultura y el elevado peso relativo de los emprendedores que optan por proyectos en este terreno.

El arrinconamiento de la Economía durante décadas en la educación secundaria en España ha actuado como una rémora para la formación de generaciones de ciudadanos y contribuido a instalar la idea errónea de que los conocimientos económicos debían quedar circunscritos a las facultades y escuelas universitarias. Sea cual sea el impacto real derivado de esa trayectoria, tiene escasa utilidad dedicarse a lamentar lo que podría haber sido y no fue, pero sería igualmente erróneo no saber extraer las lecciones de los errores cometidos en el

pasado. Lo importante, pues, es ahora sentar las bases para que no vuelvan a repetirse.

Por todo ello, hoy día cobra una vigencia aún mayor la defensa de la enseñanza generalizada de la Economía realizada en su día por Giner de los Ríos, que, como nos recuerda Fuentes Quintana, "crea, en el valor de los conocimientos económicos para crear una opinión pública solvente e informada entre todas las clases de la población que facilitara una buena administración de los recursos de un país".

Domínguez es catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Málaga y vocal de la junta directiva de la Organización de Economistas de la Educación, y Foj es profesor de Economía del Instituto 'El Palo', de Málaga, y miembro de la Asociación Estatal de Docentes de Economía en Secundaria